

A cierto toreo-que porque vive no quiero nombrar-lleváronle sus admiradores del Girón de la Unión-bellísima calle de Lima-a la Catedral, la basilica le asombró poco, ¿A él qué le importaba la maravillosa colaboración del genio arquitectónico español y el alma artística india? Pero al descorrer delante de sus ojos el pañizuelo que cubre la urna de cristal, donde se custodian los restos de Pizarro, y una vez que le explicaron que era aquella la momia de Pizarro, el célebre torero exclamó:

-¡Y dicen que era un tío!

En poco se le cae al sacristán la vela con que en aquel obscurísimo rincón de la capilla iluminaba el sarcófago sagrado, cuando oyó "eso" de "tío"; mas su estupefacción colmó en el instante de mostrarle, entre el deltoides y gran pectoral, cercana al cuello del sublime caudillo, la brecha de la espada que le dió muerte. Entonces el argonauta del vello-cino del cuerno dijo simplemente:

-¡Vaya golletazo!

¿Que por qué recuerdo esto?... Ved si tengo razón. Este bestiario era la adoración de la ciudad y de nuestra colonia; se vendían retratos de su figura serrana, casi tan negra como la de aquél diestro peruano, Angel Váldes, el torero más feo que haya existido en ambos hemisferios, y ganaba centenares de libras peruanas. Y no quiero sacar partido de las efemerides comparando los conquistadores que plantaban en los arenales de Tumbes la cruz vista por mí en la sala número 2 del Museo Histórico, y estos otros héroes que, previo contrato de miles de duros, van a estoquear--hasta "la cruz" también--los bellos animales de la Rinconada de Mala, los toros de don Jesús de Agin. Lo que deseo es otra cosa más seria, patriótica y grave. Lo que quiero denunciar es que mientras los miles de duros y la veneración más pintoresca hacían la felicidad del diestro, peruanos y colonos españoles tenían en soledad y abandono espantosos al héroe, al español de verdad, al más gigantesco de los conquistadores de América y fundadores de pueblos.

Francisco Pizarro, "el tío del golletazo", yace en la Catedral, sobre el solar que él mismo escogiera--entre las ciento diecisiete manzanas del plano trazado por Diego de Agüero--para iglesia; pero ¡en qué monstruosa soledad y trasnochamiento!... Sin una corona, sin una flor, sin un recuerdo. Entráis en la basilica y a vuestra mano izquierda, en una de tantas capillas, allí, en un rincón, desenvuelven de su paño de polvo, si lo pedis, cierta urna de cristal semejante a la que guarda en nuestras parroquias los Cristos de entierro, los yacentes Cristos procesionarios.

Una vela mercenaria, pagada, os va mostrando "lo" que dentro del sepulcro de vidrio o existe: una momia y un frasco. La momia reposa en cierta actitud trágica y el frasco contiene un corazón. Quizá la tragedia está en vuestra alma y no en la quijada que tiene ese gesto airado y brusco de las cabezas que no murieron del todo. Los ojos van angustiados del frasco a esa cabeza. Pocas veces el corazón de un español podrá encontrar ante uno de los corazones más grandes que haya engendrado esta sublime raza nuestra del siglo XVI. Nosotros, que tan mala suerte hemos tenido con los restos de nuestros grandes hombres, sabemos la alegría de encontrarlos. México no nos quiere enviar los del enorme Hernán Cortés. A nadie en España se le ha ocurrido imaginar una tumba colosal donde reposaran las momias, cenizas o huesos de todos aquellos formidables héroes, a los que, en la revidión mundial de la colonización española en América, el Universo ha juzgado ya definitivamente, consagrándolos como superhombres--Aquella legión de titanes que acertaron a fijar el hecho cultural más grande de la Humanidad--como en su "Politick" demuestra Treitschke--, cuya actuación es equivalente al descubrimiento de un nuevo planeta--como en felizísima frase decía Baldwin en la Conferencia Imperial de 1923; esos hombres que superaron el Renacimiento mismo, han tenido mala suerte. ¡Fue siendo verdad la frase de Cánovas, y el ser español es un mal negocio. Delante de esta momia que a americanos y españoles debía sernos sagrada, viéndola de esa guisa, que haría llorar a Cervantes si la contemplara, recuerdo las supremas glorificaciones, las tumbas dignas de dioses, de un Juárez, de un Bolívar, San Martín, las de todos los libertadores. ¿Será que América ama su recuerdo más? El Perú ha levantado a los caídos en la guerra con Chile una cripta prodigiosa. Pizarro no tiene en la ciudad que más le precia de poseer, y así es ciertamente, el espíritu colonial, el más insignificante monumento. Es más: no se ama su memoria. Ese cariño que la ciudad tiene a Garay, y que todas las ciudades americanas poseen por los españoles que las crearon, tiene en Lima una cruel excepción. Por sus propias manos--el devotísimo Pizarro puso la primera piedra y los primeros maderos de la capilla de Nuestra Señora de la Asunción; los cuatro lotes del papel en que por orden suya trazara Agüero el plano de la ciudad, el germen, fueron de esta Lima tan bella, tan dulce, tan española. Tan española.... cierto; hasta en el modo de abandonar a hombre como Pizarro. La casa de Pizarro en Trujillo, cuando yo la visité, era una pocilga. Y lo que en España es sencillamente un crimen, en Lima es lamentable. ¿Es que el alma incaica, fuerte

aún en la raza peruana, no ha olvidado el sacrificio de Atahualpa, o el monto de su rescate? Ni una piedra hay en Lima que recuerde su vida, ni en las almas nada que vele por su memoria. La generosidad americana habría olvidado aquellos dos millones y medio de dólares; hoy los viene a ganar en dos sesiones o tres de puñetazos un campeón de boxeo; a un torero, como el del "tío del golletazo", la ciudad le ofreció noventa mil duros por unas inaguantables parodias o reminiscencias fulleras del valor ancestral. No, el dinero no es; la vida y figura de Pizarro, tampoco, porque esa vida y esa figura son de una grandeza, sugestión y heroísmo, que abruman. Todos los defectos de aquella alma soberana, hasta los que le acarrearón su muerte terrible, son nuestros, y nosotros los hacemos si no lo fueron. ¡Oh, esa crucecilla de sangre hexa en el suelo con los dedos, el beso dado en ella al expirar!... Es que no lava ese gesto cualquier culpa, si la hubo?

Ante esta momia veneranda, un español se golpea de furor el pecho. ¿Qué maldición pesa sobre nuestros grandes hombres? Hernán Cortés, rival en grandeza de Pizarro y poco más alto que él, abandonado del emperador, sólo, pobre, muriendo de dolor y tal vez de miseria... Pizarro, guardado en una urna de cristal, esperando que le habiliten una capilla como la del Santo Cristo de la Caña, y, entre tanto, enseñado como una cosa rara, a la luz de una vela, con aquel hediondo vaso en el que nada en no sé qué solución el corazón de un extremeño que de guardador de puerco llegaba a ^{ser} dos veces César... ¡Ah, ese corazón del que guiara la expedición de los "doscientos locos"; del que trazara en la tierra con su espada la línea de la isla del Gallo!

Ahi está en un vaso sucio, esperando... Esperando el qué?... Esperando el que pase adelante de él un torero y exclame: ¡Vaya tío!... Esperando que pase un humilde escritor y cruzado de brazos ante tanta grandeza en tan pobre urna, medite en que no hay posible enmienda para nosotros. ¡Con qué cariño, según revela el cuadro de Moscoso, contemplan sobre una mesa puestos los huesos del mariscal Sucre, los huesos llamados de oro, aquellos americanos que delante de la mesa están... Sucre, en Ayacucho, terminó la obra empezada por hombres como éstos, hacia cuatrocientos años casi, dejándonos en América sólo los puertos, y eso.... "para que pudiéramos los españoles salir por ellos"... En menos de sesenta años entregaron los descubridores a España ese Nuevo Mundo; menos de un siglo tardaron los conquistadores en capacitar la obra colonizadora; todo para que, al cabo de cuatrocientos treinta y tres años, ni uno más ni uno menos, vengáis a esta ciudad de Lima y os enseñen por unos soles peruanos la momia de Pizarro en su urna de cristal, con el corazón en un vaso, a la luz de una vela, en un rincón de solitaria y misérrima capilla. La tumba de Lima es digna del caseón de Trujillo, Los españoles famosos que por aqui pasan lo lamentan, y en paz. Los limeños os hablan de los virreyes gloriosos y de la Pericholi, Como en el hermoso soneto de Miguel Angel. entre la raza y Dios hay una cortina de hierro.

CORRIDAS DE TOROS EN LA CIUDAD MÁS ALTA DEL MUNDO.

El cielo tiene en Potosí un divino color de zafiro. Todo es plata o piedra preciosa aquí; todo apasiona fervorosamente el alma de un español. Pero esta tarde la ciudad más española de América--y eso que Alonso de Ibañez inició en ella la guerra de la Independencia--ha exaltado su concupiscencia de plata más allá de la leyenda con que Carlos V crismara la Villa Imperial. Y, como en el entrevero de su emancipación pasó inmaculado su sello colonial, con fe de vida que parece posesión de reliquia, fijodalga la Fidelísima, infanzona la Noble, hoy vuelve por su cédula de gracia real y el iste excelsus mons et argenteus orbem debelare universum de Felipe II gallardea sobre el criollaje calleresco. En una palabra: esta tarde hay en Potosí toros.

Toros en Potosí, a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del Pacífico: es decir, para que el diablo no se ría de la mentira, a cuatro mil ochenta metros. Y como doscientos cincuenta metros de elevación determinan un grado de descenso en la temperatura media, y subir cien metros equivale a caminar ciento veinticinco hacia el Polo, ¿no es la organización y asistencia a una corrida tener en el corazón sangrante el prestigio de la divinidad española?... ¿Quién resiste el Sol calcinante de la puna, a esa altura, o el aliento glacial de su sombra?... ¿Quién?...

Sobre los lambrequines de los escudos de los encomendados; lejos, encima o cerca de las hiladas de piedra reomancesca, de lustre gentilicio, de ranciedad de águila de troel o de señorío argentífero; en las casas solariegas de los Caballeros Andantes de El Dorado, campeones del Hago de Parime, encastados de prosapia, que no temieron el fantasma de los Omages, ni se arredraron ante el Mon Satanaxia; en los asperones cincelados y en la cal amasada de los mitayos sobre los sillares de Santa Teresa, San Francisco, San Lorenzo, la Matriz: aquí y allá, en mansiones que si ya no son casas de la virreina conservan indómitas la traza hispana, casas sin abolengo, pero sin modernismos; en las fachadas, reconvas, mamposterías, vitrales de los ventanajos, balconadas y saledizos bajos, hacinamientos y bastidores de emoción de ultramar, en todos esos sitios que ni Pachacamac ni la escaramuza de Suipacha han podido hacer suyos.... allí han aparecido unos cartelones rebozados en los colores de la bandera española, que no son los antañones que izara Villarreal sobre el cerro y sus metales.

En esos banderines de enganche se invita a Potosí a presenciar la lidia de unos toros a cargo del Litri, Valencia y "toda su cuadrilla", nueva y completa. Su cuadrilla nueva y completa. Ahora veréis ustedes.

Los ingleses, llaman a sus barcos de combate "men of war", "hombres de guerra". A esos ~~hombres~~ ^{hombres} de ~~lucha~~ ^{lucha} les llamaría yo "barcos de las alturas". Porque atreverse a torear aquí sale de la picaresca, se escapa a toda clasificación de aventureros, y ahoga en germen la crítica y estrangula la risa. Son como navegantes rumbo al aire y argonautas del viento. Para venir a torear aquí ha sido necesario curvar, paso a paso, la panza de la Tierra, surcar océanos y ascender al "Paso del Condor", que tiene, a plomo sobre el Pacífico, una legua de alto!

En la puerta de la Plaza de Toros están mis hombres vestidos con trajes de luces. ¡Y qué trajes y qué luces!... Figuráos que la luz es aquí actínica, que no puedes ser más rica en rayos ultravioletas, que no calienta, y quema, que recorta las formas y colorea los bordes como si se mirara con optrias imposibles.

-Pero esta gente está vestida de... ¡espectroscopio!- exclamo al verlos.

Son cuatro. El Litri, viejo e inacabable Litri, alto, grueso, "total"; Valencia, un crío de no sé dónde, que parece un lio de simpatía extraviado; un peruano y un chino. El peruano es poco menos que del tiempo de Arredondo y el chino es... auténtico de China. Los chinos son bastante agradables cuando son... chinos; pero vestidos de toreros, palabra que están pidiendo... la intervención de Inglaterra.

-Si lo ve Sun-Yan-Sen-le digo tomándole de la coleta-, con lo que le costó al gran repúblico acabar para siempre con el apéndice infamante....

Afortunadamente este chino no sabe quien fué Sun-Yan-Sen.

-Pero, Litri... ¿de dónde has sacado a este tío?

-De México.

-¿Y habla?

- "En jamás"... Claro. No hay sino mirar ese rostro atirantado. Parece que a la Naturaleza le faltó piel para su cara, y estiró tanto que ni los huecos de los sentidos corresponden a éstos, ni los músculos tienen nada que ver con la careta.

-Y por dentro está igual-añade Litri-; es tó él de una pieza.

La que es toda de una pieza es la Plaza de Toros. Primero, porque es de piedra y de piedra andina; y luego, porque todo el que entra pasa a formar con la Plaza un todo. El que llega se sienta lo más cerca que puede de otro, se coloca como para no moverse mas, y, en efecto, se queda así, quietecito y mudo. Las pocas mujeres que asisten meten menos ruido que ellos.

-Y no es que haga frío. Es... ¿qué es, Litri?

-Que están asustaos.

Y así es. Figuráos que estos potosinos son la mejor gente del mundo, admirablemente educada, incapaz de hacer a nadie el menor mal, Y figuráos que, atraídos por la leyenda de la fiesta española, han venido a ver heroísmo, sangre, coraje y muerte. Y están asustados, Vreen que van a ocurrir allí cosas tremendas. Y hay que ver sus ojos fijándose en los toreros o en la puerta de los toriles.

Una banda de músicos toca pasodobles que parecen paso atrás. El del Gallito, sobre todo, resulta extraordinariamente nuevo.

-Si le oyerá José-dice Litri.

-Si os viera a tóos ustedes-le digo yo.

Entran unos cuantos españoles, pocos, porque aquí hay pocos, y el ruido que meten, que tamposo es mucho, parece molestar a los espectadores. ¿Y estos son los nietos de aquellos potosinos que vieron en ruedo de torneo luchar a Vasco Godines y Egas de Guzmán? Es este el Potosi, hervidero de espadachines, que en el siglo XVII cebaba ocho casas de esgrima en las que se aprendía a matar?

Indudablemente, los espaderos contarían con la rarefacción del aire...

El Litri está hablando con una chola vestida, poco más o menos, como las que en 1776 presenciaron en la plaza del Regocijo una lidia de toros: pollera de terciopelo, de vistosos colores, con tirambas de pedreris: manto de espumilla, sombrero guarnecido, chapines bordados con aljófar y medias encarnadas del Pajarito. Porque aquí, en Potosi, hubo corridas antes, como hoy, y hasta se permitían los toros derrumbar los tablados como en nuestras capeas pueblerinas. Ahí está en la callejuela de Aróstegui, un gentil mancebo que,

cortando en la esquina del Gato el paso lo pasó al toro "Chocñi""Lagañoso"), rifóse la vida cara a cara y le estoqueó.

Interrumpe Litri el cuento del toro, que me ralta un intelectual, y seña lán-donos el cerro, exclama:

-¡Camará, la de plata que le han sacao a esta teta!

El intelectual se apresura a decirle, muy obsequioso, que ha producido ~~www~~ quine mil setecientos noventa y un millón de pesos fuertes.

Al oír esto Litri, se arrima al "burlaero" algo "mareao".

-La mayor parte de eso fué para ustedes--añade candorosamente el intelectual

El Litri se quita la montera, se rasca el cogote y le larga esta "larga":

-Pue yo no he recibio na.

-¿Y los toros?-le pregunto yo, temiéndome "argo".

-Güenos: de pelo de acá.

-Con que de pelo de acá...

Debéis imaginaros qué clase de pelo tendrán los toros a una legua de altura sobre el nivel del mar. Yo me sospechaba alguna cosa. ¿De dónde habrán sacado toros estos diablos de toreros? Y mientras el intelectual me explicaba que el toro de 1776-el "Lagañoso", salió a la Plaza con ancha tarja de plata cincelada en el testuz, y que una verde enjalma de damasco cubria sus lomos, y que lucientes patacones salpullian lo restante de la piel, mientras yo, no encontrando motivo para mirar el ruedo de aquella corraliza, observaba el Huama Potosí y las negruzcas cimbras del coloso Cari-Cari, suena un estrepito rarísimo, equivalente al, entre nosotros, consabido tarari de la salida del toro, y...

Sucedió lo que sigue:

Abrieron el toril. Medrosos los toreros se refugiaron en los "burlaeros" y, más llenos de miedo los espectadores, miraron con ansiedad el agujero por donde suponían iba a salir un huracán de tragedia. Y pasó un minuto, y otro, y varios más, y salió del burladeo Litri, y luego Valencina, y después el peruano y el chino, lo que no salió del toril fué cosa alguna.

Los españoles se impacientaron, y comenzaron a gritar y mostrar, más que su enfado, su rabia ibérica de "aficionados"; pero... los espectadores aquellos, ¡increíbles de creerse!, se revolvieron contra los que alteraban el silencio y les obligaron a callarse.

Sería como una media hora más tarde cuando aparecieron en el marco del toril los cuernos de zebú, o de uro, o de caravao, y transcurrió otra media, larga, cuando el maslo del rabo de aquella bestia se despegaba del hueco.

Y una vez el toro en el ruedo, ocurrió que el animal se plantó.

Abrió su capa el Litri, aireó una suerte, y el toro... quieto. Hizo Valencina otra cosa igual, y el toro... con raíces. Lanceó el peruano, y el toro... inmóvil. Se le acercó el chino, y... los espectadores se echaron a reír. ¿Del toro?... Del chino. No obstante, fué al que el toro hizo algún caso, porque alargando el hocico pareció olerle.

-Te huele las ratas-le gritaron.

Me hice explicar aquello de las ratas. Querian referirse a las ratas que, según ellos, comen los chinos.

Y el toro, sin moverse. Y yo, queriéndome explicar a mi mismo el color del pelo de aquel toro, y si era pelo o si era toro o qué clase de bicho era.

De pronto, sonó el vozarrón del Litri, que le gritaba al chino:

-¡Tú, Celeste, arrempújsmelo!

En poco me muero de risa. Eso de llamar "celeste" al chino, debía ser por lo del Celeste Imperio.

Tiró el capote al suelo el "celeste" y, colocándose al maslo de la cola del toro, apoyó sus manos en los cuartos traseros y empujó a la bestia.

El toro no se movió una pulgada.

Entonces los espectadores pidieron... ¡música!

Y allá va la banda con el pasodoble "Gallito", en notación incáica o aimará.

Ni con el pasodoble se movió el animal. Y cuando no se movia al oír aquello, era que habia determinado no moverse..

Se lo dije al Litri.

-Ese niño te va a dar que hacer, Litri.

-¡Mardita sea!... ¡Pero pa que estará esto tan arto!

-¿Alto? Una legua sobre el nivel del mar, nada más. Pero ya te lo podias fi-gurar.

-Es que viene uno engañao.

Gracioso era eso, porque la empresa y "to" era Litri.

Y como nada ni nadie pudo mover al toro, y los otros tres que habian encerrados eran de la misma sangre y estaban.... "a la misma altura", aali y asi se terminó aquella corrida de toros en la ciudad mas elevada del mundo.

Que el Bolivar (Mi delirio sobre el Chimborazo) subió a la cima (y verdaderamente esta vez) del Cerro de Potosí y derramó palabras que no son en los libros que hablan de el Libertador.

No se necesita para ascender a la cumbre del Orcko-Potocchi (cerro que brota plata) ser un Eduardo Whymper, ni siquiera trepar piolet en mano, ni echarla de los stengeisen; basta con que lashemolisinas de Landsteiner no aglutinen y disuelvan nuestros glóbulos rojos. O sea, en lenguaje cristiano, que desde la plaza Matriz se puede subir en mula hasta cien metros (y el pico) de la cúspide; en mula y en auto (si el que maneja el volante es norteamericano). Una vez en la trocha, para ganar el perfectísimo círculo del fin, hay que tallar escalones en la voluntad, cosa hacedera si la sangre no se (sorocha), en cuyo trance el remedio indicado por los naturales del país es pegarse un tiro, porque a cuatro mil ochocientos metros sobre el nivel del Pacífico, todo otro consuelo es sinapismo, exceptuando si la malaventura se resuelve en hemorragia y lleváis con vosotros un médico y éste os inyecta sueros salinos o glucosados. Pero el espasmo se reduce a pasmo del espíritu, si al alma no se le sale la sangre coagulada por narices y oídos y aprovecháis para mirar, con los ojos bien abiertos y bien abierta la boca, esta luz de (laboratorio). Todo eso de radiaciones de cuerpo negro, calores especificos y espectros de los átomos, se ve, desde aquí, claro; desde la cuestión de las ondulaciones neuromusculares que resolvéis (subiendo) sin necesidad de Crookes, hasta las infinitesimales sin refracción, en el extremo preciso de la escala de los sesenta y tres grados, ya en los dominios de un Paulowski, en cuya cuarta dimensión va Bozzano la (memoria sintética) de la subconsciencia. Y que viene todo ello al pelo para explicarse el frwnesi y el delirio que asalta el cerebro en sitios semejantes. En este pequeño espacio redondo de la cima por el que apenas podéis dar unos treinta pasos, deliró Bolívar por segunda vez. Esto del (delirio sobre el Chimborazo) traía a mal traer a los historiadores del gran vasco (avenezolado), mas esta luz ultravioleta pura y ese azul del cielo (quimicamente puro) tan poco azul como impresionante por su sutileza insondable, exótica perfectamente por qué un vasco perdió la cabeza, ¡con lo difícil que es eso!... Y que estas cumbres andinas deben serles (a los vascos) fatales, pues de las tremendas duchas de Potosí y las más terribles aún de las minas de Laicaccota por Puno, en el lago Titicaca, ellos son los promovedores. Y es que cuando a un vasco le salta de la cabeza dar la vuelta al mundo en un navio algo mayor que una nuez (El Cano) se sale con la suya, y si se le da porque sea el mundo quién dé vuelta, y aún vueltas a su cabeza, surge un Bolívar. Que más si hasta existe toda una teoría para demostrar que el misterio de Tialhasuanacu (que es el enigma de América y tal vez el mayor de la Tierra), ellos (los vascos) son eje, raíz y centro... Bien; aun demostrado por la ascensión de Whymper que ni Humboldt ni Boussingault habían escalado del Chimborazo otra cosa que sus escarpes primeros, el genio montaraz de Bolívar es un hecho y no es un grano de maíz subir por el Arenal hasta el pie de los glaciares, como hizo el admirable soldado: "Llegué a la región glacial y el éter sofocaba mi aliento", escribe Bolívar (en el Delirio). Eso del éter estaba entonces de moda en los sabios, poetas y mujeres. Y si "en los cristales eternos que circuyen el Chimborazo" Bolívar dialogó allí con el Tiempo en la figura de un viejo "calvo, rizada la tes, una hoz en la mano"; aquí, sobre la cumbre del Putt-si (en Aymara), exclamaba: "De pie sobre esta mole de plata cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el Erario de la España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco para fijarlo aquí en el pico de esta montaña cuyo seno es el asombro y la envidia del Universo".

Que se ven desde el cerro centenares de leguas de panoramas excelsos, tres siglos de historia española y una montaña convertida en panal de abejas.

Estas palabras, que además de tener el mérito de ser voz de la Historia, tie en el no menor de ser la vez que un vasco ha hablado más, remataban en 26 de octubre de 1825 la rebeldía de Alonso de Ibañez del 15 de mayo de 1617. Lo que quiere decir que esta montaña no sólo ha dado a nuestro país la cantidad de oro más grande que de América le vniéira, sino también la amargura mayor. Ningún suceso más feliz ocurrió a España en América que el hallazgo de este Cerro; ninguna tragedia comparable (para nuestra patria) al primer rayo de libertad salido del monte asimismo. Es ahí en esa ciudad, que hoy cuenta solamente unos miles de almas y las ruinas de una grandeza sin par, de donde surgió la centella primera de la Independencia. En alguna parte tenía que ser... Algún día había de ocurrir,,, (Estaba escrito). Lo que (no estaba escrito) es que fueran españoles los

corazones esforzados y geniales que acortaron a quebrar los vínculos con sangre. En fin...el delirio; siempre el delirante efecto de esta luz que no sólo os trae a los ojos la remotísima cordillera de los Frailes, de Pocpó hasta el abra de Huasaco, con las serranías y contrafuertes que convulsionan más que agarran el altiplano de Potosí, la cima del Malmisa, la cordillera de los Asanaques y toda la de Corregidores hacia el salar inmenso, sino que os mete por los ojos las entrañas de las cosas mismas, como si las viérais a través de combinaciones de vibraciones de altísima frecuencia y ondas nerviosas (exteriorizadas). No son colores ni masas los que veis; son las visceras de las cosas y los matices de dentro. No es posible un pintor aquí, sino un oficio. Por ello, sin duda, los geólogos conocen esta colmena de pórfido como ninguna mina del Mundo, y os describen a pedir las trienta y dos vetas que la cruzan y los mil millones de metros cúbicos de la zona no explotada. Espléndido escenario de montañas y de actos. Cruzado de brazos, y como ellos el alma, la espalda descansada en balanza de hierro que los boys potosinos colocaron, los ojos no saciados de ver las torres de los templos hispanos que restan de tantas que se hundieron, buscan sobre las lomas de Cari-Caro el drama de las lagunas que se derramaron también sobre la ciudad, sepultando tesoros, desbordando de la quebrada y valle de Tarapaya. La ciudad de los doce mil pozos necesitó agua para mover sus ingenios, lavaderos, quimbalètes, rastras y trapiches; obra de aliento español el sobrehumano trabajo de colgar sobre la Villa Imperial docenas de lagos artificiales cegando las cabeceras de la ribera y uniendo las lagunas por red de acuíduas prodigiosas niveladas a portento en su extensión de cinco leguas. Rotas las compuertas un domingo de marzo del 1626, las lagunas se vaciaron sobre la Villa. Pero ahí están. Los vasos se han vuelto a llenar, los desagües, los aforos, los túneles, las puertas, todo recuerda la ingente labor de aquellos dioses de la voluntad que roídos de vicios, de crímenes, de gloria, de piedad y de sangre, de nervios batidos por la fortuna y la tragedia, recibieron sobre sus cabezas el tremendo bautismo de expiación, aunque no de enmienda. ¡Enmendar un español su temperamento!... Los hombres de acero que vinieron por ese mar de natales petrificados y enrabiados en contorsiones de sierras imponentes sobre el ya alucinante altiplano andino, los hombres que caravanearon hasta aquí por esos dislocamientos de sistemas enteras, hudos de segreñías y hoyas espantables, entre ese Cuzco y Challapata, por esos Sevaruys, las Chichas, Kanchaca y Chinguipaya, por el Chorolque y Andacaba, esos hombres no tenían de qué enmendarse. Eran dignos del fuego pasmado de esos metales. ¿Cómo conciliar el asombro de darse en un espíritu las torres y espadañas y tramas de froga de ese San Lorenzo, la Matriz, Santa Teresa, San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, la Casa de las Teresinas, el Convento de Santa Mónica, la Concepción y los centenares de galerías, socavones, tajos abiertos, ratoneras, piques, dislocadores, ojos, clavos y las fantásticas perforaciones y huerías de este arapil de magia asentado en milafos argéntiferos insospechados sobre el plinto descomunal de Cari-Cari a Lipiez-Orco y toda la sierra entre la ciudad y la Puna de Talavera?.... Los mismos que se quebrantaban los huesos en torneos dignos del "Amadis" sobre ese ocre sienés de la pampa de San Clemente, cambiaron la milenaria fisonomía del Cerro satánico y lo despellejaron de su cobertura, de su piel (de ichu), la paja consumida en los miles de hornillos, las cebadillas y manchones de pasto que tapizaban los panizos.

Que la visión de Potosí desde el Cerro torna mohina y recoleta el alma de los españoles de hoy.

Y ya no acompañan el laboreo y beneficio de las minas, ni (el cajcheo) de (la mita), de los mingueros, ni la fatiga de los carreteros y porteadores de metales. agua o caja, las campanas de San Juan y de la Merced y de San Martín, ni sobre la sórdida tierra del Quintu-mayo cae el toque de Animas, ni hay Cuces verdes que alternen con los andariveles, ni revueltas e intrigas en las rimac-pampa (plazas que hablan), que acompañen las parladas de los metalarios o de los palliris que chancen en los cauchones las rosadas peyas. Caballeros andantes de la Cruz, Campeones y campeadores de yelmo sobre el yermo bermejo de el Santo Cristo de la Vera Cruz, que aplaca los flajelos y deja crecer sus cabellos; justas; coca; quenas; la cárcel de los Mitayos, ahí en pie todavía; Visitas de Virreyes; remates de Alferazgos; quemas de blasfemos; Real Pendón de Santiago el Mayor; Alguaciles; Veedores; Toros; palacios embrujados; apariciones de cometas; Cristos de la Coloma; Casas Señoriales; muebles suntuosos; procesiones; penitencias públicas... Todo eso en esta colmena que bolea una legua y remata a un kilómetro, en esta masa rasa, destemplada y árida, estriada de niveles y cornisas, de derrumbaderos de escorias, catas, desmontes y arroyadas, mole rojiza de rubio de trigo, como empuñamiento, terrero de plata, matorrada de verdosas pelusas en manchones como parches, acullá y aquí arenisca, pizarrosas bandas, peñascales, partes guijarreras cruzadas de bajas amoladeras.

Sin una sola flor, sin un solo árbol. Vagonetas, chimeneas, carriles de cable, rie-

les, ñernos, reberberos (buddles), molinos, líneas y lomss jorobadas por restos de las madrigueras pulverizadas y que tienen livideces de entrañas animales. Maldes de andarivelles, humo azufrado, declives de decoviles, wolfran estaño, plata, bismuto. vientre o bolsas destripadas que han molcado cochizos y rioritas y metalejos. Recuas, rebaños de llamas regadores o husmeadores del cascajo que esoro también, negro o gris o cadmio, pero oro, oro siepre, lo lleva el aire, la luz y la sangre y el humo. La obramás grandiosa del hombre antiguo en América (aparte, en América y en el Uive so, Tiahuanacu), es la fortaleza de Sacsayhuaman en el Cuzco, sobre la colina de San Cristobal; la obra de la Naturaleza en América más bella no es el Aconcagua, es en la Guayana Inglesa la cascada de Kaieteur, de cerca de trescientos metros de altura; la obra en América más grande hecha por el hombre moderno es Potosí. Esa masa de imán ha magnetizado una Raza entera durante siglos, hasta destruirla. Pero la Raza ha horadado el monte funesto y ha rellenado los huecos que le abría con una cantidad tal de alma, que ese cerro posee una vida espantosa. Parece muerto, y no lo está. ¿No parece eso la Raza también? Los ojos cansados de mirar la colmena de pórfido vuelve a lanzarse al infinito de ese océano de montañas que se destacan unas de otras, más que por el color meramente primario, como las olas del mar, por la línea de fuerza que desplazan. Luego, la mirada busca cierto edificio en los tejados del Potosí actual.

Que la Casa de la Moneda de Potosí, en la Plaza del Gato, es digna de eterna recordación, y que no allí, sino en España, debían estar las máquinas llamadas (Molinos) que laminaron tanta plata para nuestro país.

Después del Cerro, y con ser todo aquí símbolo de cosas inolvidables, la Casa de la Moneda suspende el ánimo y le sacude con nuevas impresiones. No es la primera que estableciera España en América, ni tampoco la única que existió en Potosí. Como la primer imprenta, fué México donde se fundó, en 1535, El edificio, aún rest urado, es delicioso, y sin ser vetusto ni trágico, tiene facha de adusto y mucho de cárcel. No se le quiere en Potosí, y cuando hablan de él los americanos se reservan y gruñen. Grave cuestión fué y (es) para España esta del dinero de América; pero tarde o temprano pasará con ella lo que sucedió con las Leyes de Indias y con las relaciones del P, Las Casas. No sino esperar. Jerónimo Becker ha rectificado a Alonso Morgado, y de los datos de la Casa de Contratación saldrá otra vez la verdad, que ya empieza a esclarecerse en Suárez, Tello y Matienzo... "Por aquí se va al Perú a ser ricos", fué una de las cosas que dijo Pizarro con la espada en la isla del Gallo. Caro le costó a él, y más que a él a nosotros, los (Dos millones y medio de dólares) que valdria en buena moneda de hoy el Tesoro de Atahualpa. Los ojos reñen desde esta Casa de la Moneda que tanta plata laminara para España la (Consulta del Supremo Consejo de Castilla) hecha a Felipe III en 1619. Pero todo ello importa poco ahora. Aquí lo que inmuta el pecho en cenitantes de leguas al contorno, y vinieron millares de vigas, tejeras, pingos, soleras y tablas, pearas, tirantes, planchas y alfajias; no había carretas para traer esa madera, y se labraron; no había caminos, y se allanaron en lo imposible; costaron un dineral y un caudal de sangre; la sangre y los dineros se gastaron sin mitar tasa. Se necesitaba ripa, sot, cedro, nogal, arrayán y algarrobbillo; en Potosí sólo hay plata y sangre, granito y voluntad; la madera vino de Mojotoro, Paccha y Presto; hubo que ir por ellas a los valles de Mataca y a las riberas del Pilcomayo y Pilaya. Y sobre la plaza del Baratillo, el sólido paralelogramo surgió bello y ceñudo, como la raza que lo ideó. Estos edificios tienen historias semejantes a las vidas de los hombres de entonces; pero el resumen de todas ellas es esta palabra: que rer, Ahora la maquinaria vieja está arrumbada en salas inmensas, como galpones, pero de recias murallas. Patios y máspatios, callejones y sótanos, y ante los ojos los crisoles de herrumbre, los molinos de laminación de la Fielatura, el andén de las mulas, las hileras de arrañas, los apar tos de corte de tejuelos, limadores, hornanzas y tiestos, quimbuletes, y los trituradores tremendos de los almadenetes de bronce. Y es ante estos malacates, maderos gigantes de Sucre y Ejeñam, ante los cabrestantes con sus palancas, ruedas dentadas, tacos y vblsntes formidables, las piezas con sus juegos de jiñones y sus vigueras fiescomunales traídas de Tucumán; es en esta vasta sala desamparadas, sin sus berenguelas, pero aún con sus barrotes vizcainos en las toperas, donde un alma hispana se da cuenta de que el edificio es digno del monte y las máquinas del caserón. ¡Oh, aquellos letreros en el eterno rasgueo y almagre de los letreros estudiantiles solatiegos! (O dulcis Virgo Maria), (O Clemens o Pia), (Ave Maria Jesús) ... Nuevas maquinarias las han relegado para siempre... ¿Por qué no conservarlas? Millones de reales en platay en otro, quintos, diezmos y cobos (ochocientos veintitres millones, novecientos cincuenta mil) de estos (un total de mis seiscientos cuarenta y siete millones y cerca de otro y unos ciartillos) de gruesa... Ellas hablan de los rescata dores o mercaderes de plata; de plata en piña de azogueros, y del Gremio de éstos; ellas, del Real Banco de Rescates y del Real Socavón, de las Corporaciones, de dineros, granos, marcos, ma-

ravedies, de plata ensayada y marcada, de tostones, tomines y cuartillos de plata de a real, de los derechos de braceaje, de chafalonias de ayer.

Pero ellas hablan de algo más; de nuestra poca memoria (efectiva) y de un lirismo de alfeñique. ¿Por qué estas maquinarias no están en España ya? Alguien que sin ser ya español guarda en su pecho, "como oro en paño", la solera de la Raza, me decía ante ellas:

(Muy difícil será que Bolivia lad deje marcar). Esas maderas (son), viven aún. ¿Qué Stanley Jevons, o Welwski, o Seyd o el diablo en persona podrá a un corazón español hablarle de sus finanzas y de sus gestas como esos enormes trozos de madera acomodadas en un museo? En

1592 Cervantes pedía venir a América. Pobre, muy pobre él, buscaba esta plata. Los jóvenes intelectuales potosinos me prometieron (y América cumple siempre lo que promete) cincelar en plata del Cerro el busto de Cervantes, de aquél que extendiera por el mundo el modismo: (Vale un Potosi)... Y jamás plata en piña (sin quintar) habrá estado mejor empleada que en vaciar en ella las líneas severas de ese hidalgo que acortó, como nadie lo haría jamás, en contrar la razón de la sin razón de los tan descomunales como el de ese Cerro y España, como el de España con su destino.

Hay en América tres ciudades-Quito, en el Ecuador; Cuzco, en el Perú; y en Bolivia, Potosi-sobre las que España debió reservarse, en el Dictamen de noviembre de 1836, aconsejando a las Cortes el reconocimiento de la emancipación de América, cierto derecho tutelar. Porque nuestro país, con ser todo él un puto Museo y un Archivo verdad eramente inmenso, tres "documentos vivos" de su pasado como esas tres ciudades son, no los posee. Diera yo por ellas "los documentos muertos" de las cincuenta y cuatro salas del castillo de Simancas, los quince mil legajos del Convento de San Laureano y los mil ciento diez volúmenes de mil títulos cada uno del Índice de la Casa de Lonja de Sevilla, proyectado por Federico Rahola, y cuyas tablas sinópticas consumirían nada más que noventa y dos años de trabajo, y nada menos que veinticinco millones (y medio) de pesetas. Tales ciudades de milagro--tres de los prodigios españoles de aquellos siglos--no están como en rastro antañón se decía "donde Cristo dió las tres voces", sino algo más arriba.

Que nuestro país debía ejercer sobre dichas ciudades, porque le es jurado de espíritu y no de premática, una determinada acción tutelar por lirica que fuese.

Y, cuando Don Johan de Villarroel (pongamos por capitán) flameaba al viento el aspa de San Andrés de su Tercio, a 10 de abril de 1545, sobre el terreno de Potosi y sus metales, "en nombre del Muy Augusto Señor Carlos V, Emperador y Rey, bajo la protección del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", debió substituir el Paracleto por los cóndores. Pues, en buena medición moderna, el Cuzco está a 3,355 metros de altura sobre el Pacífico, y, para llegar a las aguas sagradas del Huilcaunuta, se topan aún los 4,470 metros en Crucero Alto; como se asciende en Ticlio a 4,758, para ir a Pasco; y a 11,843 pies, en Chuquipogio, para encontrar Quito; y 4,033 metros, en el paso del Cóndor, antes de hallar los 3,975 metros de la pequeña réplica de la "Libertad" del islote de Bedlos, iluminando el Mundo (y ésta sí que podría decirlo), desde la plaza Matriz de Potosi. ¿Y qué vale la altura junto a la ejecutoria de su abolengo, su emotividad profunda de tradición, su alucinante españolismo que embruja y arrodilla sus tesoros que (como las riquezas de los cuentos), no se acaban nunca y la roca hechizada de milenios indios que sirven de zócalo a todo eso"... En cuanto a Potosi, toda admiración se apuna y extravasa. Si, para llegar hasta aquí, es necesario "condorizarse" (perdonad, pero así es), permanecer aquí es para un corazón obérico, "novelarse" así propio.

Que si admira la calidad y vetas de la plata enquistada en la entraña del Cerro (imán de voluntades) mucho más extraño como prendió en el alma indígena el genio gladiador hispano.

"Porque el todos los días de la vida de los pueblos, decía Barbey D'Aurevilly, es tan estúpido el todos los días de la vida de los hombres". Aquí, no es así; aquí no ha sido nunca verdad eso. Si, como quiere el geólogo Hithcock, el cerro de Potosi es una pura masa de metal, ese cono de setecientos metros de eje vertical por seis kilómetros de circuito, es menos interesante que este campamento de mineros donde las terribles cosas que pasan en todas las minas del mundo están blasonadas en fondo de oro entre las columnas calpenses, la Corona Imperial por cimera, empresas, paramentos, gritos y piezas. Ni un solo día la Villa Imperial de Potosi ha vivido como los otros pueblos desde que el 22 de abril de 1545 registrara Villarroel la Veta Centeno. Aquella Nuestra Señora de la Concepción, con las manos arrimadas al pecho, formada toda ella de finisimas hebras de plata nativa, los ojos levantados a la podetosa veta que corría por el techo de la mina Descubridora (de colores tan varios que parecía esmalte de artificio) y quediera ella sola cincuenta mi-

llones de pesos(en unos años); esa imagen, colocada allí en la cueva del indio Gualloa por los mineros, es la reveladora de su misteriosa inquietud. En la aridez de la puna, w crispada y buida más por la luz que por el viento, surgia eo espanto de montes enteros de oro, y la Raza los sellaba con estelas de piedad e iconostasias de fervores seculares. ¿Qué distrito minero del mundo encuadrará bajo el Escudo grande de España (el pequeño es una invención de la Real Academia de la Historia), una vida tan intensa, vida de hechizo, de sangre, de fe, de valentías y concupiscencias, más ardientes? Violando las leyes férreas de la Heráldica, el escudete del Monte que gritaba en su leyenda) Envidia soy dé los Reyes), sin reparar en brisuras, partidas en pal, ni otras combinaciones, se injertó como un solo gran cuartel en el Escudo del Rey Católico, la corona imperial al timbre, por orla de Tison. El aguila de sable coronada de oro, membrada de gules, protegía en sus garras el lema mas orgulloso que dieran los reyes a los pueblos. (Cesaris potentia pro regis prudentia iste excelsus mons et argentus Orbem debelare valeat universum). El monte hizo honor a este lema y la ciudad superó sus propios destinos. Señoreáronse los del Orbe entero y Monte y Ciudad, sobre la ruta trágica de España, precipitáronse como ella en un infierno de orgullo y de tribulaciones

La Historia de todos los dias de la Villa Imperial de Potosi es la más hermosa Novela de Aventuras y una magnificante síntesis de nuestra Raza.

Dos realidades aturden, viajando por América, entre mil hispanos prodigios, y son: la fundación de ciudades en sitios imposibles e imprevisibles, y la marcha (rapidísima, casi siempre) de aquellos hombres por los lugares más inhospitalarios, difíciles y crueles que existen en la tierra, por derroteros de desolación en los que el ingeniero que abriera los caminos es la Muerte. Allí donde un volcán reventaba la tierra, donde los terremotos eran más atroces y continuos sobre canchales que rodeaban los cóndores por no remontarlos, donde la fiebre consumía la vida más pronto y con más atroces padecimientos, por quebradas que hoy, hoy mismo, son martirio y heroísmo, aquellos hombres marchaban y fundaban ciudades eternas. Yo he preguntado en Guatemala y Costa Rica a los hijos de aquellos hombres, viéndolos dispuestos a reconstruir (una vez más entre centenares) sus casas y ciudades destrozadas por vulcanismos espantosos: "Pero, ¿por qué no levantáis la ciudad más allá, por qué ha de ser sobre la muerte segura?"... Aquí la colocaron los españoles, contestaban, y aquí ha de ser". Y allí era una vez más. Y si éstos son así (hoy), cómo serían aquellos otros... Potosi muestra cómo eran. Los norteamericanos de nuestros días propusieron a la ciudad esta idea: cortar el monte a rebanadas, como quien troza pilón de mazapán o hace roscas de chuño. El cerro es una masa de pórfido expectorado del centro de la tierra que al tropezar con un monte de granito se levantó en vilo y le traspasó destrozándole; pero los norteamericanos que han pulverizado (en el Istmo), la vértenra más dura de la sierra Culebra, pueden y saben dividir en secciones este cono monstruoso y beneficiarse así de los infinitos tesoros de sus entrañas (que los españoles despreciaron). Con un cerro de cobre, un poco más pequeño, hacen eso en la frontera de Bolivia y Chile; y nada más delicioso (para un hispanoamericano) que ver con qué escrupulosidad los atlantes de hoy rebanan el cerro, lo mondan de brozas, rodados, mulatos y negrillos e impurezas de socavón y, cobrado puro el metal, tratados los sulfuros, y depositado en ricas barras, amontonan las escorias en otra parte y, a cambio (del que se llevan), dejan (el que en ellas hacen).

Los españoles no tenían máquinas, ni colosales diamantes en las puntas de sus perforadoras, sino un corazón cuyo secreto, como el de tantas otras maravillas, se han llevado; y, con ese corazón, abrieron en el monte (cincomil) minas. Mil de ellas son visibles todavía, y las obstruidas fáciles de apreciar. Apenas descubierto el Sumac-orckó, humeantes todavía los ramajos de keuña, que derritieran los primeros hilillos de plata, quince mil almas (de aquellas) estacaban sus pertenencias y alzaban sus caserías. El terreno de la ciudad futura era potoc-unu, fiemo, ciénaga. ¿qué importaba? ¿qué importaba que los rayos ultravioleta de esta luz, cuyas ondas son guadañas a velocidades infinitas, segasen la vida?... Cerca de las cinco mil bocas construyeron seis mil guairas, y cuando estos hornillos acabaron la tacana o flor del metal, inventaron tales y tantas ingeniosidades que forman libros sus formularios; como lo de acudir al azogue... ¿Por ventura no tenían esas almas azogue en su espíritu? Aún admira en Potosi el uso que los españoles sabían hacer de él. No fué, como ellos creen y (anda escrito), D. Pedro Fernandez de Velasco el que inventó el beneficio de los metales por el azogue; de lejos, de bien lejos venia ese conocimiento. Schmitz, Schuchlzardt, Gardars, interpretando textos de Strabón, Propertio y Justino, han descrito como milenarios antes de nuestra era los iberos enseñaron a extraer los metales. En la sala de los Califas (muchos siglos más tarde), en

dos pesos fuertes. Sólo un minero en 1699, López de Quiroga pagó por quintasveintiún millones(y medio) de pesos. Pero si todos estos dineros y hasta los treinta mil millones que, según Canga Argüelles, dió en metales preciosos América a España(a su Erario y a los particulares), no sirvieron a la raza para maldita la cosa viva; lo que pasa y enamora es la visión del genio de un país proyectado entero tan lejos y raigado en el imposible de modo tan brujo, que los siglos venideros nada podrán contra esa maravillosa voluntad.

Plusquam vita loquas taciturna docet
(Inscripcion en la sala de disección).

No sé si en el mundo habrá cosas más extraordinarias: así será, porque el greatest in the world es registro especial de Norteamérica; pero el cementerio de Guanajuato, en México, es verdaderamente excepcional. Por dos admiraciones colocadas en elfa y omega de la Muerte. Toda la ciudad es para un español algo admirable; no alivio de caminantes, no, que todo allí es para nosotros tristeza o remordimiento; mas en el cementerio municipal hay un subterráneo, y en cierta capilla, una cabeza que detiene al viajero en seco y le obligan a esas meditaciones llamadas eternas. Que yo conozca, no superan la cripta en sugestión de hoy la "capilla de los horrores" en la Silesia germana, formada con veinticuatro mil calaveras; el cementerio de Capuchinos de Roma; una cripta de cierta iglesia de Toledo, a la que se desciende o descendía quitándole el ara a un altar y bajando por estrecho embudo; las momias de la Solana, en Ciudad Real; y el misterioso antro de los ataúdes abiertos de la Leal Gellar. No cuento las momias del Museo Guimet, a las que perdí el respeto asistiendo a experiencias admirables de radiografías hechas, en las que escogía Moret, profesor del Colegio de Francia, el gran egiptólogo.

De la cabeza quiero escribir primero, después de olvidar aquellas cuatro joyas pendientes de garfios en las cuatro esquinas de la cárcel donde estuvieron cabezas de patriotas que buscando la independencia de su país, encontraron la muerte en nuestras manos, es decir, en las de nuestros antepasados. Aún suena por aquí la campana de Dolores una campana trágica que no se parece a la de Filadelfia. Esta cabeza, en el Mundo única, es la de un indio, un bendito. Está sobre un altar, a los pies de un Cristo, y la capilla es un taller improvisado para que los lapidarios burilen sus mármoles funerarios y cenotafios. Delante de la cabeza lucen docenas de lamparillas de aceite. El Cristo no tiene una mala vela; pero la cabeza de este indio está bien iluminada. La cabeza es un prodigio. Ante todo, es auténtica. Al momificarse se convirtió en una figura de Museo Grévin, y con el aire de relicario antiguo os mira bien abiertos los ojos con una perfección tal y una hermosa varonil tan aparte de todo lo visto, que no sabéis hurtaros a su contemplación. Las mujeres vienen, se arrodillan, espabilan sus lámparas y rezan con ese fervor único con que un indio reza, fervor hecho de estrechísima unión o aleamiento de cultos milenarios y misión cristiana. ¿A quién rezan? ¿Al Cristo? Ni le miran. Se encomiendan a la cabeza del indio bendito, una testa purísima de raza azteca, sobre cuya frente escasa cae el pelo negro a lo mongol. Este indio mató mucha gente; pero como un día en el distrito minero--Guanajuato es una pura mina, hoy en la más atroz de las miserias--asesinara un yanqui, le cortaron ^{esa} ~~una~~ cabeza que está sobre el altar. El cuerpo se fué al pudridero, mas la cabeza, no. ¿Cómo pasó ello? Se ignora. Ahí está, y en paz. Quienes han querido hurtársela al pueblo creyente lo han pasado bastante mal. En México es un país donde se mata y se muere de veras. Vista la cabeza, al osario. Para el hombre familiarizado con la muerte, sepulturero o médico, la bajada a las criptas no tiene emoción alguna. Jossot o Cami, tanto más da. Ni inquietud ni ironía. La tierra de este cementerio no consume del todo sus clientes, y los deja así, medio vivos, como en los cuadros medievos. No sabiendo qué hacer con estos fantasmas que no son huesos, y que no parecen muertos, se los ha puesto en pie. Y como ellos mismos no se resignan a morir del todo, se les permite recibir visitas, que no son tantas como pudiera

creerse, porque el miedo a lo muerto es todavía más profundo de lo que se cree. Son muchos los hombres que antes de morir suplican con lágrimas que no se les haga la autopsia. A la Iglesia no le gustan estas exhibiciones; supone, y con razón, que los muertos poseen el secreto de la vida. Y ya estamos en la cuestión admirable, el problema eje. ¿Se muere uno o no?

Entre las momias hay una mujer cuyo estado podeis apreciar bien; el marido es italiano, y vive y viene a verla. Y el que rie... es él; ella, no. Siempre he pensado que los artistas o pensadores que ponen risas en los huesos de la boca de los muertos ~~WW~~ abusan de necios viejos idearios. Un muerto no se puede reir de nada porque no está en el secreto de misterio o de miseria algunos. Mas allá de la vida está... la vida. Y los muertos lo único que saben y dicen es que la vida exiate o que no existe la nada. La risa lógica, de Verlaine, es otra tontería. ¿Qué lógica puede haber en estas momias, cuerpos secados en el camino de su putrefacción, el único camino que tomaron al ~~marcharse~~?... Muchas personas vienen a estas bóvedas y salen enfermas. Lo estaban ya, pero no lo sabían. El italiano que sabe que su mujer fué enterrada viva por apresuramiento y porque el gesto lo está diciendo, maldito si se asusta. Yo le nombraría a este sujeto conserje del cementerio ideal. Los sabios nos dicen ~~dy~~, como fruto de estudios bien serios, que cuando nos morimos nos habíamos muerto ya, y que no entramos en parte nueva alguna cosmológica porque, aunque geópatas, el cosmos era el que.... entraba en nosotros desde ~~WWWWWWWW~~.... siempre. Si una momia de estas riera por otro motivo que porque no le cerraron bien la boca al morir, pronto se pondría seria cuando se la pidiera la razón de su risa. El más allá visto con salud, ~~cown~~ sana independencia, es ~~lamás~~ linda de las aventuras. Shora bien, en este pimv, pam, pum macabro, el alma se recrea observando que los valores humanos, de acá, como decimos los españoles; gestos de hospital, posturas de dolor, visajes y embaimientos de agonias. Pero otra cosa, no; esa cosa que sospechamos pueda existir, y que nos inspira tanto respeto. Estas estampas de muertos, estos espectros sin peso y sin luz, tan silenciosos ^{que} ~~wn~~ el silencio huye de ellos, son el mejor libro que puede leer una de esas almas tan abundantes hoy, por desgracia, preocupadas hasta el absurdo en qué hará después de esto. ¿Y el alma estaba en eso? , deciamos una dama atribulada toda ella y a punto de romper en lágrimas, Se hace necesario contribuir a la liberación de tanto espíritu timorato que cree ~~realizar~~ un acto profundo preguntando siempre, al modo de los niños, acerca de lo que pasa cuando no pasa nada. Pero, ¿es posible que acabe todo aquí?, preguntan sollozantes. ¡On, no, no puede ser!, se contestan. ¿Y por qué no puede ser? Al temor que hace santos debemos oponer la severidad delicda y enrme del saber que hace hombres. Mors taciturna docet... La muerte enseña que el que la teme la merece. Estas momias, en conciliábulo espectacular, imponen. ¿Qué se dirán? Una noche entre ellas, ¡qué horror! ¿Qué horror, o qué aburrimiento?.. Pawlow, Lucas, Sherrington y Lapicque, A todo pasto, y a ver ~~ww ww www wwwww~~ qué es eso de conceptos de reflejo condicionado, de fase irresponsable, de coordinación y cronaxia... Y con eso de mata esto. O sea que si el ser momia es un verdadero momio, y no otra cosa, el estar vivo pide a voces saber y saber. Que es el problema único.

El que quiera ver con sus ojos el árbol más grande y viejo de la Tierra--sin que esta ~~proposición~~ ^{idea} le pueda discutir ~~nsdie~~--tiene que hacer un viaje regularcillo. No hay sino tomar un atlas, abrirlo en el mapa de Méjico, y bajar hacia el istmo de Tehuantepec. Ya en Oaxaca, la cosa no es una proeza, y con la ayuda del auto, del tren, del caballo y de los pies, podéis visitar las ruinas de Mitla, superiores--asi--en sugerencias a todas en América, exceptuando Tiahu-naco en Bolivia; de paso encontráis el ahuehuete de El Tule. Y este encuentro es para dar por bien emprendido el viajecito, y para enorgullecermos de haberlo realizado.

Porque, ¿qué diríais si, de manos a boca, os topáis con algo que vivió en tiempos de Jesús y que vive todavía, y vivirá cuánto se le antoje? Que vive, entiendo bien, pues ruinas hay en el mundo desde la época que os convenga. Dos mil años de edad, y en plena juventud el sabino colosal. Las edsd se ha obtenido con las tablas de Cotta, y el cálculo de su volumen por el profesor Conzatti; en números redondos el titán pesa quinientas cuarenta y nueve toneladas métricas, deducidos los frutos leñosos producidos en dos mil años, y partiendo de que un ~~wdecimetro~~ ^{decimetro} cúbico de madera verde de esta especie pesa exactamente novecientos gramos. De las raíces ni hablar. Las que afloran hasta la distancia de cincuenta metros maravillan, y sólo pueden dar de ellas idea pálida unos cedros tumbados. Esta conifera increíble, el ejemplar actual más corpulento del reino vegetal, tiene cuareta y tres metros de alta y treinta y tres de ~~perb~~ ^{perímetro} metro, a uno del suelo. ¿Estarán las raíces hundidas, sumergidas en el fango de la ~~cié~~ ^{cién} naga que se supone existió en lo que hoy es doctrina de Santa Maria de los Tules, de San Miguel Halixtac? La iglesia que existe cerca del gigante es como si no existiera, y siendo enorme la ermita votiva, parece al lado del árbol excelso una garita. De este tronco, que de estar hueco daría cabida a doscientas personas, se eleva un ramaje florido de una increíble seducción y verdor, prometiendo un vigor de nuevos siglos. ¿Qué es, recordando el viajero, cuanto se ha visto en maravillas de árboles, comparado con el Tule, tal vez sembrado por el mismo Quetzatlcoatl, como justifica Campos Ortega? La caps ~~cambial~~ ^{cambial} del liber al formar una albura en el ~~trobco~~ ^{tronco} y otra de súber en la corteza, va borrando las frases allí no esculpidas por Alejandro de Humboldt, homenaje de algún hamadraida de buen humor al gran viajero, pero no fruto de su visita.

El alma embelesada recuerda ante el maravilloso árbol lo que ha visto por esos mundos.... Aquel olivo centenario de Mallorca; el drago de Canarias; el ombú de la Esperanza y el algarrobo del Acuerdo, en la Argentina; el cedro espantable del Stanley Parck, en Vancouver; el árbol de Popotla, el de la noche tris te de ~~huestro~~ ^{nuestro} Cortés, y que es también otro ahuehuete; el orgullo de las secuoyas de California. Mariposa Grove, el Wawona Big Tree, la impresión del Temple of the Trees. Dicen que en la Sierra Madre, de California, un ciprés derribado por los buacadores de oro tenía cien metros de altura. ¿Qué serían los colosos fosilizados que son ~~pasm~~ ^{pasmo} hoy de los viajeros del Oregón? El tilo de Friburgo y el de Neustandt, el castaño del Etna, el nogal de la Lorena, los laureles de Madera... ¿Le sucederá al coloso de Tle lo que a la secuoya muerta en el Parque Nacional de Washington; veremos algún día un corte de este tronco sin rival para fijar ~~comn~~ ^{con} tiza, como allí está en los anillos de su estruc-

tura interna las fechas más remotas? No lo creemos.

Este árbol mejicano tiene una vida deliciosa. "Bondad", dicen los indígenas, y así es, si ellos recogen el aceite contra el resaca de la destilación seca de su madera, es encantador ver deslizarse por las abrazas o hendiduras del tronco el agua. Inmortal y silenciosa fuente de vida que huele a épocas prehistóricas, a savias de milenios... En las grietas se ponen las orejas queriendo escuchar el agua que se fantasea cae en cascadas, como en los tiempos en que el árbol sagrado veía en torno suyo las comidas rociadas con neatl o con tlaclisque....